

perimentos ejecutados, uno detrás de otro, y un año después de otro, es imposible no sacar la conclusión de que al menos en la mayor parte de los casos que nos son conocidos en psicología, bajo los nombres de "miedo", "cobardía" o "precaución", tienen un substrato psicológico en un estado de inhibición del sistema nervioso que varía en intensidad y así produce diferente intensidad del reflejo pasivo de propia protección. Desarrollando estas concepciones ulteriores, están sujetas a mirar la obsesión del miedo y diferentes fobias, como síntomas naturales de inhibición, causadas por una debilidad patológica del sistema nervioso. Hay en esto, de seguro, ciertas formas de miedo y cobardía, como por ejemplo: rapidez y pánico, y ciertas posiciones serviles con las que aparentemente no está conforme la idea de un proceso inhibitorio fundamental, que tiene un aspecto mucho más activo. Estos tipos de seguro se sometieron a examen experimental, pero no debe ser permitido observarlos provisionalmente como desenvueltos en cooperación, con y como resultado de la inhibición de la corteza. Por ahora tenemos algunas observaciones con estos puntos de vista. Me gustaría referirme brevemente a los experimentos descritos al final de la lección precedente. Si repitiéndolos con diversas variaciones en los resultados preliminares, hallaremos la confirmación de esos resultados, arrojando alguna luz sobre los puntos oscuros de nuestra propia llamada subjetiva sobre las relaciones entre lo consciente y lo inconsciente. Si se confirman los experimentos, quedará demostrada como síntesis la importancia de la función cortical ("asociación") puede tomar lugar igual en

aquellas áreas corticales que están en un estado de inhibición, pero considerando la existencia poco predominante de fuerte excitación en el momento. Bien que sintetizando la actividad actual, puede no entrar en el caso de la consciencia; la síntesis, sin embargo, puede tomar sitio y bajo condiciones favorables, entrar al campo de la consciencia, como un eslabón ya formado, pareciendo de origen espontáneo.

Incluyendo estas series de lecciones, deseo repetir que todos los experimentos, tanto los de otros trabajadores, como los propios, que tienen establecido su objeto en la interpretación puramente fisiológica de las altas actividades del sistema nervioso, tengo observado que esto se ha venido haciendo solamente en las averiguaciones preliminares, que como quiera que sea, creo que son del todo enteramente justificadas en sus principios. Indiscutiblemente tenemos el derecho de pretender que nuestra investigación dentro de este campo extraordinariamente complejo ha seguido una dirección conveniente, y no obstante, no aguarda cerca un triunfo completo; tanto como a nosotros mismos nos concierne, sólo podemos decir que al presente hemos confrontado nuestro estudio con un número mucho mayor de problemas de los que se habían confrontado antes de ahora. Al principio no perdimos de vista el valor principal y estuvimos obligados a simplificar, hablamos esquematizando la materia. Al presente, hemos adquirido algún conocimiento de principios generales, pero nos sentimos circundados, no sólo aplastados por la masa de detalles y todos ellos demandando ser dilucidados.

VERANO SIN OLVIDO

P O R A N T O N I O A C E V E D O E S C O B E D O

POR aquellos días apenas me iba aproximando, sin que yo me percatara, al perímetro casi burocrático en que, por riguroso turno de edades, esa experta y libidinosa matrona que llaman la Malicia, va tendiendo redes pasmosamente sutiles para apuntarse un enamorado más. Dentro de mí dejaba caer sus horas apacibles la época en que uno suscribe, con ardorosa persuasión, sin ánimo de medro, mil y más fantasías que con verbales carretas de mentira pasean con entono imponente an-

te los ojos y el entendimiento del vulgo: la estadística, hecha para encubrir miserias globales, en grande; el psicoanálisis, teoría formulada para adormecer con ejemplos retóricos—¡ah, Celestina bien cantada!—la bestia mala del instinto; la "geografía humana", ciencia novísima que se inventó para justificar la presencia de nuevos nombres magisteriales en un anchuroso presupuesto del Estado. Existe—aseguran—la "geografía humana", como existen la geografía política, la económica, la agrícola. La nomenclatura de cada una

de estas tres últimas designa bien claramente la correlación entre el medio físico y una actitud de la tierra o del hombre. Está bien. Pero esa "geografía humana", ¿de dónde podría sacar satisfactorios coeficientes de interdependencia entre el ser humano y la planicie o atmósfera que éste elige—o le hacen escoger—para vivir, jugar y acostarse con quien le dé la gana? Siempre (antes y después de la Malicia) yo reputé por absurda esta ciencia, porque, de ser exacta, los niños nacerían con la cabeza cubierta de nieve en Suiza; sería cosa digna de ver las disimuladas cadencias de vals que Viena pondría en las piernas de sus ciudadanos—y ya no tan dignas de verse, pero parejamente interesantes, resultarían las monstruosas deformaciones en los pies que llevarían los vecinos de las Montañas Rocallosas, en Estados Unidos. . .

Y pensar que tan extensa divagación casi pedagógica no lleva más objeto que anunciar—¿a quién? los cuentistas hablamos solos—que en México principiaron entonces los cursos de verano. . . Sí, los cursos de verano en que unas cincuenta *mujeres* norteamericanas, jugosas, de muslos esbeltos, ceñidos, y de movimientos llenos de aplomo, acompañadas de otras cien que casi lo parecen, descienden de los trenes de Veracruz y de Laredo, con el designio de probar otras bebidas, conocer otros *cabarets*, identificar nuevos estilos arquitectónicos, vivir inéditos *romances* y además estudiar—a veces, y principalmente entre las que no se aproximan al modelo juvenil—una lengua, una historia y una literatura que luego, en el pueblo perdido de Pennsylvania, de Ohio, de Nebraska, aparecerá entre las placas mal reveladas del recuerdo como un *success* más.

Pero, en igualdad de circunstancias a las de todo prestidigitador que calcula con minuciosa naturalidad sus efectos, yo todavía no os decía que en el grupo de ese año arribó, con todo el señorío de su independencia y de sus veintiocho años, miss June Parnell. June Parnell. . . Nombre simbólico, acompasado, por artes de invisible armonía, con el ambiente que la amparaba y la explicaba entonces: tardes calientes, seguidas de lluvia fina, que se entra por los ojos y luego parece que acaricia golosamente—de dentro a fuera—los puntos sensibles y anhelantes de la epidermis; los atardeceres de un morado casi negro, cuando los árboles, con vegetal animalidad, vierten sobre el paseante ondas frenéticas de amor a la existencia que impulsan a abrazar a la sombra—¿cuál sombra? dilo tú, June, si puedes—que uno presente lo acompaña. La vida del año (un año: una vida) suspendida en la mitad radiante del destino. Como las *efímeras*, los insectos que sólo un día soportan

el espectáculo de nuestro mundo y en la misma noche celebran sus nupcias con la sombra, sin que al día siguiente la luz—esa precursora y sucesora del hijo amado de Conan Doyle, mejor que del hijastro hinchado que Goethe confió a la tutela de las antologías a la hora de su muerte—consiga el más delgado indicio del tránsito fugaz.

Bien, June; me estaba poniendo tonto. Pero ahora que se trata de traerte de nuevo a la vida mediante estos fríos recursos casi espiritistas que son las teclas de la máquina de escribir, debo precisar cómo te conocí una tarde que estaba prestigiada con tu nombre.

¿No fué en aquel *bar* americano lleno de vidrios y espejos, muda invitación para una huída juvenil y optimista? ¿No estábamos instalados allí, inmediatos al parque recién llovido y entonces al borde inminente de la oscuridad, como nosotros? ¿Y no era Claudé Simonson, el guapo de la partida post-escolar, el que afinaba—con elegante naturalidad, no voy a negarlo—sus insinuantes ademanes y palabras para persuadirte de lo inofensivo que resultaba beber otra ginebra aromada—campos tonificantes de California—con yerbabuena? Sí, así fue. Y dime, ahora que la distancia nos une, cuando estamos hablándonos con la voz más convincente, ¿no era mi constancia en renovar la dosis de coñac la que te estimulaba a complacer a Simonson? Porque, por quién sabe qué complejos accidentes de física, desde el primer sorbo que llevé a la boca se estableció una corriente alternada—¡y tan intensa!—entre mis ojos, entre los soles multiplicados de tus cabellos y entre mi copa de vino. Y todavía ahora, fijate, me asombro de que el idiota de Simonson nada haya advertido.

Después. . . Después, ¿qué pasó? ¡Ah, no lo creas! Sólo se trata de la interferencia de tiempo entre dos incidentes minúsculos que no acierto a precisar. Tú sabes bien que la memoria acostumbra respondernos únicamente cuando le exigimos detalles de las horas amargas, de las noches sin sueño. Pero lo cierto es que la señal de alianza, la mirada sin ojos, la rúbrica blanca de la paloma que penetró en nuestra arca de frágiles adivinaciones, allí, en medio de las tinieblas, se cumplió como estaba escrita.

Y volvimos a la luz. A la luz de los focos, aclaremos. Ya envueltos en esa luz mentida, hicimos frente a la verdad. Nunca me he sentido tan cercano a ese ritual categórico e inflexible de tu raza como el día en que sin miedo, con la entonación segura de un hombre de negocios—aún ahora no creo que sepas leer más líneas de las que yo quiera presentarte—te propuse lo que tú aceptaste con la intuición de una mujer que nada en aguas

agitadas y mantiene en los antros de la razón, fijado con firmeza, el aviso esencial contra el peligro: no atarse, no detenerse. A pesar de todo. A pesar de todos. (A pesar de mí, en tu caso). La proposición fue—¿quién va a olvidarla?—amarnos a plazo fijo, hasta la fecha en que una Furia con negra cabellera de humo y voluptuosos coches-dormitorios te arrebatará de mi ciudad para ir a depositarte, con celo mercenario, hasta el regazo de tu nativo Minneapolis.

Ya unidos por el dulce compromiso que casi no lo era, se inició nuestra arrebatada aventura de un verano que en su marcha allegóse a la frontera del otoño y se detuvo ante la bayoneta calada de unas rachas tristes que frustraban el verde atardecido de los árboles. Faltó en nuestros pasaportes, es deprimente confesarlo, la contraseña de la irreflexión.

¡Qué concentrado sabor de siglos vertiginosos, sintéticos, soltaba cada beso en aquellas noches que eran una fluctuación dichosa de éxtasis sobrecargados y perezosas indolencias! Te mostraste siempre tan opulentamente generosa de tu ternura, de tus risas, de tus palabras, que por momentos ya no me pareció tan desorbitada la fantasía aquella de la "geografía humana": ¿no venía a ser la misma liberalidad del padrino que bautizó a tu lejano Mississippi, con tan rumboso derroche de *sss* y *ppp*, la que entonces te impulsaba, a través de la sorda voz de la sangre, a hacerme dádiva entera de ti?

Llegamos a ese punto perfecto de felicidad entre los amantes, en que éstos ya no alcanzan a comprender si su pasión la cobijan los cielos de México, de Copenhague o de Argentina. Su mundo es un hermético barco urbano—tal vez con faroles, otras gentes y automóviles en el exterior—que da tranquilos bandazos en la marea alternada de los días. En su tibio recinto sólo flota inmaterial y preciso, como en un Génesis nuevamente editado, el espíritu cordial de una frase a media voz, de dos vidas en trance de culminación.

Tus condiscípulos de aquellos cursos de verano—¿más prácticos que tú porque eligieron la diversidad de una aventura nueva cada día?—casi no volvieron a verte. Mientras te suponían errante por ásperos caminos de tierra adentro, interpretando o descifrando la palabra última sobre la teogonía o hábitos de mis abuelos indios, acá estabas, en el mismo océano de la gran ciudad, apretada a mi corazón y a mi vida.

La experiencia dilatadísima de geógrafos y marinos ha dado a la navegación por mar fecundos recursos para protegerse contra los riesgos imprevisos; pero en las capitales los hombres están absorbidos por la tarea de hablar, discutir y hacer fortuna y no queda tiempo para prever nada. Y nuestro naufragio urbano estaba a punto de consumarse, sin salvación posible. No advertimos que el barco se había ido deslizando, a merced de los días bien vividos, hasta la costa del golfo de octubre. Octubre, adiós, final.

Un viaje es un viaje. Se concertan de antemano los puntos de destino, las fechas, las condiciones. Nadie, después, debe llamarse a engaño, si todos cumplieron. Y allí no había dilema. Habíamos llegado, el tiempo apremiaba.

Tu ropa, tus libros, tus objetos fueron hundiéndose en sarcófagos oscuros, cubiertos de epitafios multicolores. Se anticipaban a ti. Una luz que mañana iluminaría el hueco de tu presencia, realizaba el amarillo de tus cabellos, el amarillo de tu traje, la angustia del minuto. Luego alguien nos llevó por una pista de edificios y silencios. La velocidad nos estrechaba con un lazo de tácitos adioses que ahogaban. Unos frenos que responden con precisión. Y el antro funesto, que exploraba la sombra con un ojo poderoso, en indeciso trasunto mitológico.

Después, ¿qué? Humo, distancia, rieles, silbatos. Una lágrima de fuego. Una paloma iluminada por el resplandor de una ventanilla, que rápidamente derrotaron las potencias adversas de la noche. Y el recuerdo.

EL SERVILISMO EN EL ARTE

Por SALVADOR DOMINGUEZ ASSIAYN

HUIMOS de las academias, esos tristes museos de la belleza, porque su aire de sarcófago nos asfixiaba. Detestamos de esos cenáculos de cráneos calvos y de inteligencias romas, para recobrar entre vosotros, los que creímos forjadores de un

arte nuevo, la visión verdadera de la vida, y para daros nuestro entusiasmo porque nuestro siglo y nuestra raza dieran su obra maestra, la obra en que se realizara nuestro espíritu con la misma verdad con que un hijo encarna dentro del vientre